

Excmo. Sr. Rector Magfco.  
Exmos. e Ilmos. Sres.  
Señoras y señores:

«Con la investigación sobre la vida de Jesús ha ocurrido algo singular. Se inició con el deseo de encontrar al Jesús histórico pensando que podría restituirlo a nuestra época tal y como él realmente fue: como maestro y como salvador. Rompió las ataduras que la unían desde hacía siglos a la roca de la doctrina de la Iglesia, y tuvo la sensación alegre de que su figura volvía a cobrar movimiento y vida, pareciendo como si el Jesús histórico se le acercara. Pero ese Jesús no se detuvo sino que continuó y pasó de largo a través de nuestra época volviendo a la suya (...) Se hundió en las sombras de la antigüedad y hoy se nos aparece tal y como se apareció, a orillas del lago, a aquellos hombres que no sabían quién era: como un Desconocido e Innominado que dice *Sígueme*»<sup>1</sup>.

Con estas palabras, entre poéticas e irónicas, describía Albert Schweitzer, a principios de siglo, la crisis de la exégesis liberal; el fracaso de una empresa que, poniendo en duda la tradición eclesial y la veracidad histórica de las narraciones evangélicas, intentaba no obstante, mediante los recursos de la crítica, reconstruir la figura de Jesús. Ese estado de ánimo, junto a otros factores, explica la acogida que, a partir de los años veinte, se dispensó a la hermenéutica existencial propuesta por Bultmann: el fracaso de la investigación histórica invitaba a abandonarla y a refugiarse en una predicación desvinculada casi por completo de toda referencia a lo auténticamente acontecido.

---

1. ALBERT SCHWEITZER, *Geschichte des Leben-Jesu-Forschung*. Hamburgo 1966, p. 620 s.

La actual escuela postbultmaniana manifiesta una mayor confianza en la capacidad de la crítica histórica. Ciertamente ninguno de sus representantes vuelve sin más a las pretensiones de la exégesis liberal, y todos ellos insisten, con énfasis extremadamente significativo, en que los métodos histórico-críticos no permiten realizar una reconstrucción pormenorizada de la entera vida de Jesús. Pero, al mismo tiempo, proclaman, con mayor o menor amplitud según los casos, que el historiador puede, también en este punto, adquirir certezas claras: no sólo la fe, sino también la investigación científica puede pronunciar la palabra verdad refiriéndose a la vida de Jesús de Nazaret, y determinar con exactitud tanto hechos y situaciones aisladas, como incluso los rasgos principales y los perfiles característicos de sus actuaciones y de su predicación.

Esos cambios y esa evolución no carecen de importancia, tanto histórica como teológica. Y sin embargo las tres posiciones mencionadas —la exégesis liberal, la hermenéutica existencial, el nuevo consenso postbultmaniano— presuponen, a fin de cuentas, un mismo contexto teológico. Lo que distingue una posición de las otras es el grado de confianza que deposita en la investigación y en la crítica históricas. Pero las tres parten de un mismo presupuesto: la ruptura con la dogmática cristiana y la convicción de que Jesús es, en su autenticidad histórica, una realidad perdida, una figura que ha sido desdibujada por el transcurrir de los siglos y el proyectarse de las culturas, de forma que resulta necesario descubrir sus rasgos buceando a través de textos, tradiciones y testimonios. De ahí, en algunos casos (Bultmann), la separación radical entre teología e historia, o, en otros (la exégesis liberal y la escuela postbultmaniana), la subordinación de la teología a la investigación histórica, la suspensión de la actividad teológica en espera de que la historia diga una palabra firme sobre la que pueda edificarse el teologizar.

Pero ¿es acaso la verdad histórica sobre Jesús algo de lo que la Iglesia ha perdido memoria? Basta escuchar la voz de los siglos, desde las primeras manifestaciones de la predicación apostólica hasta los documentos del Concilio Vaticano II, pasando por el testimonio de los autores espirituales, la reflexión de los teólogos y las obras de los poetas, para percibir, por encima de algunas indecisiones minoritarias y sectoriales, una afirmación decidida: la Iglesia tiene conciencia de conocer a su Señor, de saber, y de saber con certeza, sobre la realidad de Jesús. La exégesis y los estudios históricos constituyen un factor imprescindible del desarrollo teológico, pero no son, en el proceder intelectual del cristiano, el manifestarse de lo desconocido,

sino el percibir facetas y aspectos de Aquel a quien se conoce y de quien se vive: Cristo-Jesús.

Una Facultad de Teología no tiene necesidad de aniversario ni centenario alguno para hablar de Jesucristo. En verdad, en todo momento y a lo largo de todas sus actividades, no deja de hablar de El, ya que la teología tiene en El, en Jesús, si no su centro último, que se encuentra en el misterio de Dios, sí, al menos, su punto focal, su directriz y su camino. Y, sin embargo, este simposio que versa sobre «Cristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre», se reúne en homenaje a los Concilios I y III de Constantinopla con ocasión de sus respectivos centenarios. La razón es la misma que le ha llevado a Juan Pablo II a decretar, también este año, actos conmemorativos de los Sínodos de Constantinopla y de Efeso: la conciencia de que esos Concilios no son hechos del pasado, sino realidades vivas ya que su explicación última se encuentra en esa acción del Espíritu Santo que continúa vivificando a la Iglesia.

El Credo de Nicea y el de Constantinopla, esas profesiones de fe de los trescientos veinticinco padres reunidos en Nicea y de los ciento cincuenta reunidos en Constantinopla —por expresarnos con la forma de hablar propia de los padres de Calcedonia—, son la proclamación neta de la convicción fundamental de la Iglesia: Dios se ha comunicado a los hombres, y lo ha hecho de forma radical, es decir, asumiendo El mismo la condición humana.

Hace un año, glosando la confesión de fe de Pedro que tuvo lugar en las cercanías de Cesarea, Juan Pablo II comentaba que era importante no sólo el contenido de esa confesión, sino la *fuerza* de la que surgía, y que fue declarada por el mismo Cristo: «No es la carne, ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos» (Mt 16,17). Pedro hablaba no por sí mismo sino en virtud de «la potencia de la revelación», en virtud de la presencia en él de la fuerza de Dios<sup>2</sup>. Hay un íntimo nexo de unión entre el contenido de la fe y su origen. La Iglesia habla de la comunicación de Dios, porque ella misma no es otra cosa que Dios comunicándose.

Esas certezas estructuran el creer cristiano, de modo que toda debilitación de la conciencia acerca del ser profundo de la Iglesia y de la presencia en ella del Espíritu Santo implica, inevitablemente, un obscurecimiento del realismo y de la hondura de la vocación divina del hombre. Y, viceversa, toda reducción de las perspectivas de

2. JUAN PABLO II, *Homilía en la solemnidad de San Pedro y San Pablo*, 29-VI-1980 (DP 1980, n. 184).

la antropología cristiana repercute en la comprensión de la Iglesia y en el valor de su palabra.

Esa realidad se refleja en el esquema de este Simposio. Comenzaremos situándonos ante la encrucijada actual de la cristología y las cuestiones planteadas en torno al acceso a Jesús. Consideramos después su misterio. Y terminaremos hablando de la confesión de fe tal y como acontece en el seno de la Iglesia, cerrando así un círculo que nos devuelve al punto de partida: el don de Dios que nos constituye como cristianos.

No me queda ya más que agradecer, en nombre del Claustro de profesores, la presencia de cuantos, provenientes de otros centros de estudio e investigación, han aceptado la invitación para participar en este Simposio, el tercero de los internacionales que organiza nuestra Facultad. Que las jornadas que ahora empiezan sean para todos ocasión de conocimiento mutuo y de estímulo en nuestra común tarea teológica.